

Una mirada de las Secuelas de La Dictadura del 76

*« Al final tenemos una percepción limitada de nuestra realidad
que se ajusta mucho a lo que nos sucede a nosotros. »*

Pedro G. Cuartango¹

No es un tema más, es el tema. Un dolor, una herida abierta, un trago amargo, una conversación que no queremos tener, una mancha en el alma que está y estará siempre presente. Los resultados y el dolor provocados por la dictadura en los argentinos es inconmensurable. Para aquellos que las circunstancias los involucraron son hechos imposibles de olvidar, y para aquellos que no lo sufrieron directamente generan una tristeza difícil de comprender —una mezcla de dolor lejano y cercano— de la que no hallamos palabras adecuadas para encontrar una explicación.

Mentiría si dijera que sufrí las consecuencias de la dictadura militar de los años 70. Sí, afirmo que había cuotas de miedo a flor de piel sin internalizar su razón de ser. A modo de ejemplo recuerdo lo peligroso de poseer libros, ver películas y escuchar canciones prohibidas. Otro ejemplo; sí salías de noche, tenías que llevar tu documentación por si un retén militar o la policial te detenía por averiguación de antecedentes y/o buscando armamento de la subversión. Y no era un trámite vial común; era inevitable el temor de quedar sometido al humor o la sinrazón de un uniformado trastornado.

Muchos argentinos no sabíamos la totalidad de lo que pasaba. Existía una recurrente y machacona publicidad con signos de perversa manipulación. La totalidad del pantano de violencia, engaño y mentira fue construyéndose gota a gota. Ambas partes en conflicto, llevaban aguas para sus molinos. Fuimos abriendo los ojos poco a poco, saliendo del limbo, con el paso del tiempo. El velo se descubrió mucho después.

¹ Pedro G. Cuartango

«La estupidez es uno de los bienes más extendidos, pero el talento es muy escaso»

<https://ethic.es/2020/04/pedro-g-cuartango/>

Incomprensible, insostenible, parece mentira, pero no lo es. Más increíble parece ser si nos ponemos en los zapatos de las víctimas que sufrieron en carne propia vejaciones y torturas. Ellos no pueden creer que la gente no sabía lo que pasaba. Quizás, en aras de mayor credibilidad, aquellos sin participación activa podemos decir que había una especie de rumor sin sonido; tibias voces detrás de bambalinas que no entendíamos. Quizás, en el mejor de los casos, fuimos residentes del primer paso del proceso de cualquier dolencia grave de un ser humano: «ignorar la enfermedad»; como aquellos pacientes en un estado de incredulidad que dicen: «... a mí esto no me puede pasar».

También vale decir, con una mirada crítica, vivíamos culturalmente con el atractivo de la zanahoria por delante y anteojeras² que no permitían ver de costado, y seguíamos ciegos la huella de lo que pensábamos necesario para tener éxito y ser reconocidos.

Por otra parte, escuchábamos en los medios de comunicación el horror producto de la acción subversiva. La muerte de Aramburu, el asesinato de la hija de Lambruschini, el ataque al comedor de la Policía Federal, el asesinato del capitán Humberto Viola y su hija y otros sucesos más. Los medios de comunicación sólo mostraban una cara de la moneda: la oficial o quizás engañados, con una alta probabilidad cercana la certeza, éramos idiotas útiles del poder de turno. No había redes sociales, la información era proveniente de redes jerárquicas, no existía información por WhatsApp. Puedo afirmar que en esos momentos no nos percatábamos de la extrema gravedad que habían perdido su batalla la palabra y el diálogo ante el reinado del miedo. Había una lucha sórdida, encubierta, subterránea, cruel, entre hermanos, en nuestra sociedad.

Luego, no encuentro explicación y justificación racional de lo que sucedió, no entiendo que otras personas de mi generación sufrieran lo que sufrieron, que hubiera tanta violencia oculta en la Argentina. Es inimaginable e incomprensible a pesar de los testimonios evidentes de barbarie y muerte.

² —Dice la fábula que para que el burro tire del carro hay que ponerle una zanahoria delante, lo bastante cerca para que crea que está a punto de alcanzarla pero, a su vez, lo suficientemente lejos para que nunca la alcance.

—Las anteojeras o viseras son piezas que se colocan sobre los ojos de los caballos de tiro de modo que sólo vean el camino frente a ellos, para evitar que se asusten o distraigan por su visión periférica

Pero entiendo ahora y quiero expresarlo de la mejor manera posible, sin ofensas, con el paso de los años auestas, la necesidad de solidaridad con las personas que tienen en su corazón marcas y dolores que les cambiaron la vida para siempre. Comprendo la pasión de aquellos que piensan diferente y se enfrentaron por sus ideas, pero estoy del lado de las soluciones pacíficas del diálogo, el consenso y el destierro de la violencia como inevitable solución de los conflictos políticos.

Solo cabe agregar que muchos sentimos algún grado de culpabilidad, provocadas por el pecado de omisión que existe e hizo de las suyas, luego corresponde por el error cometido: bajar la cabeza, pedir perdón, si con ello se aminora el dolor de otro argentino. Es lo mínimo que podemos hacer al amparo de la esperanza para posibilitar reencontrarnos.

Pasados tantos años, recordemos a todas las víctimas inocentes de tanta salvajismo de ambos lados, y activemos la memoria para que nunca más suceda nada igual.

Por último, para aquellos jóvenes que no fueron parte de estas historias, es nuestra obligación moral como mayores insistir e informar sobre el pasado al que nos referimos cuando reclamamos tener memoria. Para entender muchas de las cosas que pasan nada es mejor que acudir a lo que ya pasó. Todos aún, con diferentes puntos de vista, nos deberíamos animar a ventilar como vivimos esas circunstancias, como fueron esos momentos, marcar los errores para no volverlos a cometer. Cabe la advertencia y es una realidad que los huevos de la serpiente existen, que sus hijos siempre están prestos a salir de sus nidos y ello, como sociedad, no lo podemos ni debemos permitir.

En suma, de no existir una voluntad de espíritu genuina de reencuentro y arrepentimiento simultáneo de todas las partes, involucrados o no, en aras de la convivencia civilizada, de no ser así, tendremos entonces el regreso asegurado, sin escalas, hacia las cavernas en la noche de los tiempos donde cada cual se pueda incinerar en su propio infierno.

José María Ciampagna, Ciudad de Córdoba, Córdoba, 3 de diciembre del 2023